Bajo las luces de neÃ³n

by The WatchMaKer

Category: Fallout
Genre: Angst
Language: Spanish
Characters: C. Boone
Status: Completed
Published: 2016-04-09 23:57:05
Updated: 2016-04-09 23:57:05
Packaged: 2016-04-27 20:57:47
Rating: M
Chapters: 1
Words: 5,911
Publisher: www.fanfiction.net
Summary: Tres aÃ±os antes de que un mensajero recibiera un disparo en la cabeza e iniciara los acontecimientos que alterarÃan por completo el destino de New Vegas, Craig Boone conocÃa a la persona que cambiarÃa su vida para siempre.

Bajo las luces de neÃ³n

DespuÃ©s de tantos aÃ±os jugando y jugando a la saga Fallout por fin he reunido el valor para escribir algo sobre el mejor companion de toda la serie (aparte de Dogmeat... todo el mundo sabe que ese perro es Dios encarnado en forma canina) porque, reconozcÃ¡moslo, todos nos emocionamos y lloramos como idiotas con las misiones de Boone.

Y que mejor para hacerlo que con una historia de cÃ³mo se conocieron Boone y Carla... Aderezado con un poco de Bitter Springs para darle ese sabor salado que confieren las lÃ¡grimas.

Que lo disfruten y como dirÃan en el Gourmand: Bon AppÃ©tit!

* * *

><p>El aire seco y tÃ³rrido del Strip de New Vegas le golpeÃ³ la cara en cuanto cruzÃ³ las puertas del Gomorrah. Craig Boone se colocÃ³ sus oscuras gafas de sol y se ajustÃ³ su distintiva boina roja antes de abandonar la sombra de la marquesina del casino.<p>

La botella de whiskey se balanceaba entre sus dedos indice y corazÃ³n como un peso muerto. Apenas habÃa probado gota, pero sentÃa nauseas que poco o nada tenÃan que ver con el barato licor en su mano.

HabÃa sido idea de Manny ir al Strip y desconectar por unos dÃas del mundo. Dios sabÃa que despuÃ©s de Bitter Springs todo el 1st Recon necesitaba ese permiso. Sin embargo, Boone no era de la clase de hombres que ahogaban sus remordimientos en alcohol y jet. Tampoco

era de los que gastaban el sueldo del mes en quince minutos en las mesas de juego, o de los que buscaban esa falsa sensaciÃ³n de satisfacciÃ³n tras acostarse con alguien que estaba tan muerto por dentro como Ã©l.

No obstante Manny no parecÃ-a entender la reticencia de su amigo. Era como si se esforzara por ignorar la pesada losa de culpabilidad que Boone arrastraba a sus espaldas desde aquel fatÃ-dico dÃ-a, dos semanas atrÃ¡s. Como si pensara que la mejor forma de solucionar el problema era desentendiÃ©ndose y esperar a que este se desvaneciera por arte de magia. Y sin embargo por muy molesto que se sintiera con Manny, en cierto modo, Boone no podÃ-a culparle por no entender. DespuÃ©s de todo Ã©l ni siquiera habÃ-a estado allÃ-. De alguna manera, Manny se las habÃ-a ingeniado para caer enfermo antes de comenzar la misiÃ³n.

Pero Boone sÃ- habÃ-a estado allÃ-, y lo que habÃ-a visto y hecho aquel dÃ-a le atormentarÃ-an por el resto de su vida. De eso estaba mÃ¡s que seguro.

Boone no querÃ-a evadirse de la realidad como hacÃ-an el resto de sus camaradas. Boone, por muy masoquista que sonara, querÃ-a recordar. Porque por muy horrible que fueran sus pecados, era su deber hacerles frente. DebÃ-a cargar con la culpa y aceptarla con honestidad. Por mucho que le atormentasen esos fantasmas, y por imposible que resultara la absoluciÃ³n, Boone no era un hombre que huyera de sus errores como un cobarde.

AdemÃ¡s, al no olvidar mantenÃ-a vivo el recuerdo de aquellos cuya sangre habÃ-a derramado injustamente. Era la Ãºnica manera de intentar pedir perdÃ³n por lo que habÃ-a hecho.

Esquivando soldados, gÃ¡nsteres y prostitutas, cruzÃ³ la gran puerta que dividÃ-a la parte norte del Strip de la zona central. Pudo sentir los escÃ¡neres de los securitrons recorrer su cuerpo mientras cruzaba el umbral.

Aquellas mÃ¡quinas siempre lograban ponerle los pelos de punta. HabÃ-a lago muy siniestro en ellas. Siempre vigilando. Siempre dispuestas a disparar ante cualquier infracciÃ³n. Hasta las tres familias de New Vegas, ese grupo de asesinos y ladrones que se hacÃ-an llamar hombres civilizados, estaban aterrorizadas por ellas.

Y lo peor era que nadie sabÃ-a con certeza que era lo que el misterioso amo de esas mÃ¡quinas, el Sr. House, tenÃ-a planeado para New Vegas. La ciudad vivÃ-a en una tensa prosperidad, a la espera de que el Sr. House decidiera abandonar su fortaleza en el Lucky 38 y mostrarse en pÃºblico. Lo que ocurriera de despuÃ©s estaba por ver: Â¿se harÃ-a con el control de toda la ciudad? Â¿se la entregarÃ-a a la NCR? Â¿se la ofrecerÃ-a a la LegiÃ³n? Â¿o simplemente ordenarÃ-a a sus robots aniquilar a toda forma de vida que se pusiera a su alcance y asÃ- dejar Nevada convertida en un yermo mayor del que ya era?

Aquellas preguntas siempre le habÃ-an asaltado cuando veÃ-a la silueta del Lucky 38 en el horizonte, y ahora, al pasar por debajo de la sombra que la afilada torre proyectaba sobre la calle, lograban que un escalofrÃ-o le recorriera la espalda.

ContinuÃ³ su camino por la abrasadora acera sin levantar la cabeza. A su alrededor, soldados de la NCR vociferaban y se tambaleaban, embriagados por el vicio y el desenfreno que contaminaban el alma de New Vegas.

Se detuvo a los pies de la escalinata de la EstaciÃ³n de Las Vegas Boulevard, pero no subiÃ³. SabÃ-a lo que le esperaba allÃ- arriba: el tranvÃ-a, su litera en McCarran y el constante recordatorio de la sangre que teÃ±Ã-a sus manos.

A pesar de que esa habÃ-a sido su intenciÃ³n original; ahora, de pie frente a las escaleras, no le apetecÃ-a en absoluto regresar al Campamento McCarran. Aunque, por otro lado, tampoco querÃ-a volver al Gomorrah y ver como Manny perdÃ-a el sentido a base de chupitos mientras una bailarina sifilÃ-tica se restregaba contra su entrepierna.

No, el Gomorrah tambiÃ©n quedaba descartado. Sin embargo, eso le dejaba con muy pocas opciones; ya que desde luego la otra alternativa, que era cruzar a Freeside, era una idea que ni se le pasaba por la cabeza.

IgnorÃ³ los bancos de la pequeÃ±a plaza de la estaciÃ³n y se sentÃ³ en el bordillo de la acera. ApoyÃ³ la botella de whiskey a su lado, dejando que recibiera de lleno la luz del sol y calentara su contenido hasta volverlo imbebible.

Desde su posiciÃ³n podÃ-a observar de primera mano el caos que confeccionaba la vida diaria del Strip: Tambaleantes soldados en distintos estados de intoxicaciÃ³n. Algunos drogados hasta la inconsciencia, otros tan borrachos que eran incapaces de andar dos pasos sin tropezar. Prostitutas ofreciendo sus servicios en mitad de la calle. Traficantes en las esquinas de los casinos, trajinando con todo: desde jet a pistolas del 22 con silenciador. Artistas callejeros intentando abrirse camino en el competitivo y corrupto mundo de espectÃ¡culo de New Vegas. Turistas desalmados con los bolsillos llenos de dinero, y supuestos "hombres de negocios" dispuestos a quitarles hasta la Ãºltima chapa en las mesas de juego.

Era una estampa demasiado familiar y a la que Boone ya estaba acostumbrado desde mucho tiempo antes de ser destinado al Mojave. HabiÃ©ndose criado en un pequeÃ±o rancho de brahmanes en la orilla californiana del Lago Tahoe, Boone habÃ-a visto de cerca los excesos que irradiaban de New Reno. La corrupciÃ³n y perversiÃ³n que emanaba de aquel agujero infecto que era la autoproclamada "PequeÃ±a ciudad mÃ¡s grande del mundo" no habÃ-an tardado mucho en extenderse y contaminar toda la zona del Tahoe. La influencia de New Reno, y las familias que la controlaban, se extendÃ-a por el mapa como tentÃ¡culos, que atrapaban y corrompÃ-an todo lo que tocaban.

Viviendo a apenas dos dÃ-as de camino de New Reno, Boone habÃ-a visto de cerca el daÃ±o que las luchas de poder entre las familias que dirigÃ-an la ciudad podÃ-a causar sobre la poblaciÃ³n civil. Y, sobre todo, habÃ-a experimentado en sus propias carnes lo que era dejarse llevar por esa vorÃ¡gine de vicio y degeneraciÃ³n que constituÃ-a New Reno.

SabÃ-a bien lo que era perderse en una "ciudad del pecado", antes

siquiera de haber puesto un pie en el Strip. Y para Boone resultaba mÃ¡s que obvio que New Vegas, al igual que New Reno, no estaban hechas para Ã©l.

El calor estaba provocando que grandes gotas de sudor se deslizaran de forma molesta por su nuca. Boone se pasÃ³ una mano por el cuello y despuÃ©s la barbilla. TenÃ-a que afeitarse pronto, la espesa mata de pelo que ahora cubrÃ-a su cara pronto acabarÃ-a llamando la atenciÃ³n de algÃºn oficial en la base; y lo Ãºltimo que Boone necesitaba en ese momento era que le volvieran sancionar por no acatar las normas de uniforme de la NCR.

Se quitÃ³ la boina y se pasÃ³ una mano por el corto cabello, despeinÃ¡ndolo. TambiÃ©n necesitaba un buen corte de pelo. Desde que habÃ-an vuelto a ser estacionados en McCarran, tres meses atrÃ¡s, no se habÃ-a acercado al barbero del campamento, y ahora estaba empezando a notar la necesidad de volver a raparse para soportar el constante calor.

Boone apartÃ³ la vista de la calle. En sus manos, la boina era un recordatorio de todo el camino que habÃ-a recorrido desde el Tahoe al Mojave. Todos sus sacrificios y esfuerzos para destacar entre las filas de la infanterÃ-a regular. Todos los desvelos y calvarios para convertirse en un miembro de pleno derecho del 1st Recon. Todas las penalidades y batallas que le habÃ-an convertido en lo que era hoy en dÃ-a.

Las horas volaban mientras contemplaba el escudo bordado en su boina y reflexionaba sobre todo aquello que representaba.

Las sombras de los edificios se alargaban, y el cielo empezaba a teÃ±irse de tonos anaranjados a medida que las luces de los casinos volvÃ-an a cobrar vida otra noche mÃ¡s.

El Strip estaba repleto de gente y, sin embargo, Boone jamÃ¡s se habÃ-a sentido mÃ¡s aislado del mundo que sentado en esa acera. Su mente no dejaba de darle vueltas a lo ocurrido en Bitter Springs. A la matanza de Bitter Springs, mejor dicho. Dios, cada vez que cerraba los ojos veÃ-a los rostros aterrorizados de todos aquellos desgraciados: mujeres, niÃ±os, ancianos, heridos. Todos ellos huyendo de la matanza en su campamento, sin saber que estaban corriendo directamente hacia un pelotÃ³n de fusilamiento. Porque eso mismo era lo que Boone sentÃ-a que habÃ-a sido su papel: simples verdugos, disparando sin compasiÃ³n a inocentes desarmados.

Se suponÃ-a que ellos eran los que luchaban por el bien comÃºn. El ejÃ©rcito de la NCR siempre se habÃ-a presentado ante todas las tribus del sur oeste como los defensores del orden y la razÃ³n. Esa imagen glorificada era lo que habÃ-a decidido a un Boone de diecisÃ©is aÃ±os a alistarse y dejar atrÃ¡s el Lago Tahoe, New Reno y toda su infancia problemÃ¡tica.

Y, sin embargo, despuÃ©s de casi 8 aÃ±os de servicio, ya no estaba tan seguro de seguir pensando lo mismo. No habÃ-a honor en nada de lo que habÃ-an hecho ese dÃ-a en Bitter Springs. Si la NCR era la civilizaciÃ³n, y lo que el 1st Recon habÃ-a hecho en el CaÃ±on 37 era llevar sus ideales a la prÃ¡ctica, Boone no estaba dispuesto a seguir representando esas ideas.

Eran pensamientos peligrosos, y Boone lo sabÃ-a. Era mÃ¡s que

consciente de que expresarlos en voz alta bien le granjearÃ-a un viaje sin retorno al paredÃ³n. Pero la insatisfacciÃ³n que sentÃ-a, y todo el remordimiento que acompaÃ±aban cada segundo que pasaba despierto, no hacÃ-an mÃ¡s que avivarlos.

Hubo un tiempo en el que servir a la NCR, llevar el uniforme con su bandera bordada en la manga y empuÃ±ar un arma en su nombre, le habÃ-an hecho sentir que servÃ-a para algo Ãºtil por primera vez en su vida. Le hacÃ-a sentir que formaba parte de algo grande, de algo bueno; y no pasaba ningÃºn dÃ-a en el que no diera gracias por poder vestirse con su uniforme y salir a defender a la Gran Republica de Nueva California y todo lo que ella representaba.

Pero ahora, despuÃ©s de esa masacre, porque solo podÃ-a definirse asÃ-: masacre. DespuÃ©s de Bitter Springs, ninguno de esos sentimientos de orgullo y patriotismo le daban satisfacciÃ³n. Ahora solo sentÃ-a vergÃ¼enza y arrepentimiento. Esa matanza de Bitter Springs habÃ-a logrado que odiara algo que habÃ-a llegado amar con todo su ser.

A su espalda el sonido de un arma lÃ¡ser abriendo fuego le hizo encogerse de hombros y buscar instintivamente su rifle, a pesar de saber que lo habÃ-a tenido que entregar en la consigna de McCarran antes de embarcar en el tranvÃ-a.

Sobresaltado por el repentino ruido, se girÃ³ en su asiento para comprobar de dÃ³nde venÃ-an los disparos. Era extraÃ±o oÃ-r disparos en el Strip, aunque no imposible. Por lo general la NCR se tomaba muy en serio lo de denegar los pases de visita al Strip a todo miembro del personal militar que fuera armado. Pero eso no implicaba que cualquier soldado dispuesto a armar jaleo no fuera capaz de conseguir armas de contrabando en cualquiera de las esquinas de New Vegas.

No obstante, como Boone pudo comprobar enseguida, este no era el caso. Los disparos provenÃ-an de uno de aquellos enormes securitrones. Al parecer el robot habÃ-a razonado que la mejor forma de borrar los grafitis que decoraban la fachada de la estaciÃ³n era disparando contra ellos con sus poderosas ametralladoras laser.

Desde luego que aquella no era una imagen reconfortadora en absoluto. Esas ametralladoras podrÃ-an hacer picadillo a un humano en apenas un segundo. Boone tragÃ³ saliva, incomodo, ante ese prospecto de muerte brutal y volviÃ³ a sentarse en la postura en la que llevaba horas; intentando en vano ignorar el perturbador eco del lÃ¡ser golpeando el ladrillo.

Para cuando el ruido de las ametralladoras cesÃ³, la noche ya se habÃ-a instalado de lleno en el Mojave. Aunque gracias a las potentes luces del Strip era casi imposible vislumbrar cualquiera de las estrellas que decoraban el cielo nocturno. Esa era una de las pocas cosas que Boone adoraba del desierto: las noches claras. Esas noches en mitad del desierto en las que ni una nube entorpecÃ-a la vista. En esas noches el cielo se desplegaba como un gran lienzo azul oscuro salteado por infinitas notas de plata y marfil. El aire siempre parecÃ-a mÃ¡s limpio y los sonidos se volvÃ-an mÃ¡s claros. En esas noches Boone se pasaba horas observando, disfrutando, sintiÃ©ndose total y absolutamente libre.

Pero ninguna estrella brillaba en New Vegas. La luz artificial

ahogaba la belleza natural de la noche. Era agobiante: la luz, el ruido y el aire cargado.

HabiÃ©ndose asegurado de que los grafitis, y buena parte del ladrillo que cubrÃ-a la cara exterior de la estaciÃ³n, habÃ-an desaparecido por completo; el robot dio por cumplida su misiÃ³n. Con pasmosa agilidad, el enorme robot se dio la vuelta y se retirÃ³ de vuelta al Lucky 38. Su Ãºnica rueda motora le propulsaba a vertiginosa velocidad sobre el asfalto, esquivando de manera extraordinaria a los humanos que se interponÃ-an en su trayecto.

No obstante, y a pesar de que hacÃ-a rato que habÃ-a perdido de vista al robot entre la multitud, el eco de sus ametralladoras aÃºn resonaba en la cabeza de Boone. Los disparos del robot acompaÃ±aban a aquellos otros que no dejaban de rugir en su memoria. Esos disparos terribles que acallaban gritos desesperados. Ese breve estruendo mortal que siempre precedÃ-a al lÃºgubre silencio.

Ahora que ya era de noche, y el cegador resplandor del sol por fin habÃ-a desaparecido, Boone se quitÃ³ las gafas de sol las guardÃ³ en uno de sus bolsillos. Se quedÃ³ petrificado en cuanto sus dedos tocaron algo metÃ¡lico y alargado en el interior. Agarrando el objeto, extrajo su mano del bolsillo. Con reticencia estirÃ³ los dedos y, tal como temÃ-a, allÃ- en su palma, reposaba un casquillo de su rifle. Cualquiera que lo viera dirÃ-a que era un suvenir morboso, pero para Boone, aquel casquillo era un vestigio de su deuda imperdonable.

Ese casquillo pertenecÃ-a a la Ãºltima bala que habÃ-a disparado en el CaÃ±on 37. Una bala que habÃ-a acabado con la vida de una mujer embarazada, cuya Ãºnica culpa habÃ-a sido estar en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Boone no conseguÃ-a borrarse de la cabeza la mirada de aquella mujer, mientras sostenÃ-a a su otro hijo pequeÃ±o, muerto en sus brazos. En ese instante final, habÃ-a levantado la cabeza y le habÃ-a mirado directamente a los ojos. Boone se sintiÃ³ sobrecogido al ver la intensa mirada en los ojos de la mujer. No era miedo lo que habÃ-a en ellos, sino tenacidad, puede que incluso desafÃ-o. Como si le estuviera retando directamente a que acabara con su sufrimiento.

Boone se llevÃ³ las manos a la cabeza y cerrÃ³ los ojos con fuerza, intentando aquietar esas imÃ¡genes. DejÃ³ caer el casquillo junto a su boina, a sus pies, y respirÃ³ profundamente. No iba a derrumbarse ahora. No allÃ-, en mitad del Strip, rodeado de patanes y desgraciados.

Estaba cansado. Cansado de la miseria y la muerte. Cansado de las estrictas normas del ejÃ©rcito. Cansado de patearse el Mojave de arriba a abajo y soportar el constante calor. Cansado de la LegiÃ³n. Cansado de la Hermandad del Acero. Cansado de los Grandes Khan, de New Vegas y de toda la gente que poblaba ese condenado desierto.

PodÃ-an irse todos al infierno: la NCR, el Mojave y la puÃ±etera New Vegas.

Â¡Estaba mÃ¡s que harto!

Sin pensÃ¡rselo dos veces se arrancÃ³ las chapas de identificaciÃ³n del cuello y las lanzÃ³ con todas sus fuerzas hacia el otro lado de la calle. Las pequeÃ±as piezas de metal resonaron con un potente estruendo al estrellarse contra un oxidado buzÃ³n de correos. El ruido atrajo la mirada de un par de policÃ-as militares, pero de inmediato dirigieron su atenciÃ³n hacia el grupo de soldados que estaban intentado lanzarse desnudos a la gran fuente enfrente del Ultra-Luxe.

Ignorando el caos a su alrededor, Boone apoyÃ³ su codo sobre su rodilla y dejÃ³ que su frente descansara pesadamente sobre su palma.

â€”Ten â€”dijo una voz dulce, de repente.

Boone se sobresaltÃ³ al ver aparecer ante sus ojos un pequeÃ±o tarro de cristal. HabÃ-a estado tan enfrascado en sus propios pensamientos que ni se habÃ-a dado cuenta de la presencia de otra persona sentada a su lado hasta ese momento.

â€”Tranquilo â€”le instÃ³ la mujer, sonriendo con complicidadâ€”. Es solo para que te lo des en las quemaduras.

Boone frunciÃ³ el ceÃ±o, dejando que la sospecha tiÃ±erÃ-a bien su rostro. Nadie ayuda a nadie a cambio de nada, eso era algo que tenÃ-a perfectamente aprendido desde que era un niÃ±o en New Reno.

â€”Â¿QuÃ© quieres? â€”inquiriÃ³ con tono seco.

â€”Vaya â€”resoplÃ³ ella, alzando una cejaâ€”. Â¿AsÃ- respondes a todos los que intentan ayudarte?

â€”Solo a los que no conozco â€”respondiÃ³ de inmediato Ã©l, con un recelo natural.

La mujer sonriÃ³ de una manera que Boone casi se atreverÃ-a a calificar de pÃ-cara.

â€”Veo que mamÃ¡ se asegurÃ³ de grabar a fuego la lecciÃ³n de no hablar con desconocidos, Â¿eh?

Boone entornÃ³ los ojos y girÃ³ la cabeza para volver a estudiar la vorÃ¡gine de gente que rondaba el Strip. Daba la impresiÃ³n que por la noche la poblaciÃ³n se triplicaba. Ahora que estaban libres del sol de castigo que azotaba la ciudad durante el dÃ-a, parecÃ-a que la gente no podÃ-a resistir el impulso de huir del interior oscuro y asfixiante de los casinos y llevar su fiesta a la calle.

â€”En serio, Ãºsalo â€”insistiÃ³ la mujer, empujando el tarrito contra la mano de Ã©lâ€”. Te aliviara de inmediato y evitara que maÃ±ana se te caiga la piel a tiras.

Los ojos de Boone estudiaron el tarro con frialdad, luego el rostro sincero de la mujer, luego el tarro otra vez. DÃ¡ndose por vencido al no encontrar rastro de segundas intenciones en la expresiÃ³n abierta de la mujer, finalmente dio un suspiro y aceptÃ³ el ofrecimiento.

â€”Â¿QuÃ© es? â€”preguntÃ³, desenroscando la tapa.

â€”Es un remedio familiar y un buen sustituto del Rad Away para tratar quemaduras por radiaciÃ³n â€”explicÃ³ con sencillez la mujer, sin necesidad de entrar en mÃ¡s detallesâ€”. El sol del Mojave puede resultar igual de mortal que su fauna si uno no aprende a protegerse de Ã©l.

â€”Â¿Por quÃ© me ayudas? â€”quiso saber mientras olfateaba el contenido del tarro antes de comenzar a aplicÃ¡rselo sobre el cuello y los brazos.

De inmediato, una sensaciÃ³n fresca comenzÃ³ a aliviar su maltratada piel. Boone reprimiÃ³ el impulso de dar una exhalaciÃ³n de placer a medida que extendÃ-a el ungÃ¼ento.

â€”Te vi cuando iba a trabajar â€”respondiÃ³ la mujer al cabo de un largo minuto en silencio.

Su expresiÃ³n era apacible, casi solemne mientras retiraba una hebra de algodÃ³n de su pÃ¡lido vestido verde. HabÃ-a una calma en ella que irradiaba a su alrededor sin quererlo. Era contagioso. Sin saber muy bien por quÃ© Boone se sentÃ-a totalmente cÃ³modo sentado al lado de una autentica desconocida.

â€”En un primer momento pensÃ© que eras otro de esos soldados demasiado colocados como para poder andar, pero entonces me fijÃ© en la botella de whiskey llena y despuÃ©s en tu cara â€”explicÃ³, apartando la mirada por primera vez desde que Boone se habÃ-a dado cuenta de su presenciaâ€”. Y ahora, cuando he acabado mi turno, te he vuelto a ver. En la misma postura de hace horas, con la misma botella intacta y con esa misma cara de remordimiento.

Boone, mirÃ³ el tarro en sus manos por unos segundos. No se habÃ-a esperado que alguien en aquella fosa sÃ©ptica que se hacÃ-a llamar ciudad fuera a fijarse en Ã©l. Mucho menos que fueran capaces de ver que lo estaba pasando mal y tuvieran la suficiente empatÃ-a como para decidir ayudarle, aunque fuera solo con un tarro de crema solar.

â€”Eres muy observadora â€”murmurÃ³, sintiÃ©ndose extraÃ±o. No sabÃ-a si estaba agradecido o avergonzado por la atenciÃ³n de aquella desconocida.

â€”Se me da bien leer a las personas â€”confesÃ³ ella, mientras en sus ojos brillaba una chispa de genuina sinceridadâ€” Me gusta ayudar con lo que pueda a la gente.

Boone no dudaba en absoluto de sus palabras. HacÃ-a practicamente nada que la conocÃ-a pero, por breve que hubiera sido su contacto, estaba convencido de que aquella hermosa y dulce mujer tenÃ-a un corazÃ³n tan grande como la maldita Presa Hoover.

â€”Sobre todo a aquellos que mÃ¡s la necesitan y son incapaces de pedirla â€”aÃ±adiÃ³ ella, dÃ¡ndole un pequeÃ±o empujÃ³n con su hombro, sin perder en ningÃºn momento la sonrisa de complicidad que iluminaba su cara.

A Boone le resultÃ³ imposible no responder a esa sonrisa.

â€”Â¿Te dedicas ayudar a todos los soldados con estrÃ©s

post-traumÃ¡tico con los que te cruzas? Debes de tener la agenda llena entonces, Â¿no?â€”comentÃ³ con ironÃ-a, intentando quitarle hierro a la conversaciÃ³n.

â€”Nah, solo dedico mi tiempo a los que tienen carita de cachorrito mojado â€”bromeÃ³, guiÃ±Ã¡ndole un ojo.

â€”Â¿Trabajas en el Strip? â€”preguntÃ³ Boone de repente. No tenÃ-a por quÃ© darle conversaciÃ³n a esa desconocida. PodÃ-a haberla agradecido que le prestase el ungÃ¼ento y que despuÃ©s cada uno se fuera por su camino como si no hubiera ocurrido nada. Pero por alguna razÃ³n, lo Ãºnico que querÃ-a hacer era seguir escuchÃ¡ndola hablar. HabÃ-a algo en su voz que le tenÃ-a cautivado.

â€”Trabajo de camarera en el Tops â€”afirmÃ³ ella, pasÃ¡ndose una mano por el pelo y descolocando el moÃ±o simple que recogÃ-a su largo cabello rubioâ€”. Pero estoy intentando ganarme un hueco como cantante.

La imagen de aquellas desgraciadas camareras de los casinos se le vino a la cabeza de inmediato. Era un trabajo infernal: un mÃ-sero salario a cambio de interminables horas sirviendo a personas despreciables que buscaban desvanecerse del mundo a base de alcohol y drogas. La gran mayorÃ-a de aquellas chicas que trabajaban en los casinos estaban explotadas, algunas no solo en el sentido laboral. Pero Boone sabÃ-a que intentar hacerse un nombre como artista en New Vegas, o en New Reno porque a fin de cuentas eran lo mismo, era incluso peor. HabÃ-a oÃ-do las historias sobre dueÃ±os de casinos que exigÃ-an a sus artistas pagar enormes sumas de dinero o hacer favores sexuales a los ricos mecenas y barones de brahmanes a cambio de puestos en los prÃ³ximos espectÃ¡culos de sus teatros.

Nadie debÃ-a pasar por ese calvario solo por intentar alcanzar sus sueÃ±os. Tan solo imaginarse a aquella joven y hermosa chica a su lado, aunque apenas la conociera desde hacÃ-a cinco minutos, sufrir todas esas desdichas le ponÃ-a mÃ¡s que enfermo.

â€”Debe ser duro â€”ofreciÃ³ en voz baja.

Ella se encogiÃ³ de hombros. Estaba claro que la costumbre y la rutina habÃ-an hecho que aceptara su situaciÃ³n de manera natural.

â€”Es mucho mejor que intentar ganarse la vida en Freeside â€”reconociÃ³ ella simplemente.

â€”Â¿Eres de Freeside? â€”preguntÃ³ con autÃ©ntica curiosidad.

â€”Nacida y criada â€”respondiÃ³ ella alzando la barbillaâ€”. Tienes ante ti a una autentica hija de New Vegas.

El orgullo en sus palabras hizo que Boone enarcara una ceja. Por lo general cuando un habitante de Freeside se presentaba ante algÃºn miembro de la NCR no solÃ-a alardear de serlo. DespuÃ©s de todo, la animosidad que reinaba entre los nativos de New Vegas y los ciudadanos de la NCR habÃ-a logrado crear un ambiente de "ellos y nosotros" que impedÃ-a que las relaciones entre los dos grupos fueran pacÃ-ficas. Cuando alguien de Freeside se cruzaba con algÃºn ciudadano de la NCR, o viceversa, intentaban pasar desapercibidos por

miedo a recibir una puÃ±alada o un disparo en la cara.

No obstante, aquella chica no era como los demÃ¡s. No intentaba ocultar sus orÃ-genes. Era sincera. ReconocÃ-a que Freeside y New Vegas no eran el paraÃ-so en la Tierra, pero tampoco se avergonzaba de lo que esto suponÃ-a.

â€”No me mires asÃ- â€”rio alegrementeâ€”. No somos tan malos. Algunos solo quemamos banderas de la NCR los fines de semana.

Su risa era melodiosa, como la de los pequeÃ±os pÃ¡jaros rojizos que poblaban las orillas del Lago Tahoe cuando era niÃ±o.

â€”Ahora me estÃ¡n empezando a entrar dudas sobre este ungÃ¼ento â€”dijo Boone, apartÃ¡ndose exageradamente del tarro como si fuera una granada de plasma a punto de estallar.

La exageraciÃ³n de Boone provocÃ³ que la mujer soltara una nueva carcajada. Estaba empezando a gustarle oÃ-r esa risa tan libre y pura.

â€”No te preocupes. Tiene yucca, mezquite y un poco de grasa de gecko.

Boone la mirÃ³ de reojo, aun sin perder el buen humor que aquella mujer estaba empezando a despertar en Ã©l.

â€”Â¿Solo eso?

â€”Oh, tiene mÃ¡s cosas, por supuesto â€”sonriÃ³, encogiÃ©ndose de hombrosâ€”. Pero la receta es confidencial.

Antes de que Boone pudiera decir nada, ella se inclinÃ³ y le hizo una seÃ±a para que se acercara mÃ¡s, como si fuera a confesarle algo:

â€”Si te lo desvelara tendrÃ-a que matarte para asegurarme de que no divulgas el secreto.

La mujer se apartÃ³ y rio de buena gana, provocando que Boone resoplara, ahogando una profunda risotada. Aquello le sorprendiÃ³ en gran medida, ya ni se acordaba de cuÃ¡ndo fue la Ãºltima vez que habÃ-a reÃ-do de verdad. Estaba seguro de que habÃ-a sonreÃ-do mÃ¡s en los Ãºltimos cinco minutos que en todos los meses que llevaba desplegado en el Mojave.

â€”Descuida â€”le asegurÃ³, en cuanto se sintiÃ³ lo suficiente serenoâ€”. No tengo intenciÃ³n de abrir un negocio de medicina natural aÃºn.

â€”Â¿AÃºn?

Boone se encogiÃ³ de hombros. Una media sonrisa luchaba por aflorar en sus labios.

â€”No lo descartarÃ-a como posibilidad para cuando me licencie de la NCR.

La mujer le estudiÃ³ por unos instantes, desconcertando un poco a Boone. HabÃ-a estado bromeando, aunque teniendo en cuenta lo oxidado

que estaba su sentido del humor igual habÃ-a malinterpretado el tono de la conversaciÃ³n sin querer.

â€”De acuerdo, seÃ±or. Siempre y cuando estÃ© dispuesto a ser socios plenos y acepte pagar las comisiones de cesiÃ³n de derechos estipuladas por el antiguo estado de Nevada, puede contar con mi visto bueno â€”dijo ella con una formalidad repentina.

Por un momento ambos permanecieron en silencio, mirÃ¡ndose con seriedad. Al cabo de unos segundos, la fachada indescifrable de la mujer se quebrÃ³ y Boone sintiÃ³ un alivio enorme al oÃ-rla reÃ-r. Sin intentar reprimirse mÃ¡s, Boone se dejÃ³ llevar y se uniÃ³ a ella, riendo a carcajadas como un par de niÃ±os hasta el punto de casi llorar de la risa. Boone se sentÃ-a estÃºpido. Toda la situaciÃ³n era estÃºpida y sin embargo no querÃ-a que aquella noche acabase nunca.

Aun con la respiraciÃ³n entrecortada por la risa, sus ojos se volvieron a encontrar, aunque en esta ocasiÃ³n el matiz era totalmente distinto. Poco a poco sus risas se apagaron y el caos del Strip pareciÃ³ diluirse a su alrededor. Era como si solo estuvieran ellos dos solos en todo el universo.

Boone se fijÃ³ en los ojos de ella. Eran azules, de un azul tan intenso que casi rivalizaban con el del cielo. Eran tan espectaculares que casi lograban robarle la respiraciÃ³n. Se sentÃ-a atrapado por esa mirada cerÃºlea. SentÃ-a que podÃ-a ser el hombre mÃ¡s feliz de la historia, perdiÃ©ndose en aquellos ojos. SentÃ-a que, si perdÃ-a la vista en ese momento, le darÃ-a lo mismo ya que al menos lo Ãºltimo que habÃ-a visto habrÃ-an sido esos ojos perfectos.

Era una autÃ©ntica locura. Boone sabÃ-a que no debÃ-a dejarse llevar por esa idiotez del amor a primera vista. Menuda sandez, se repetÃ-a mentalmente. Esas cosas no ocurrÃ-an en la vida real. En la mierda de mundo en la que vivÃ-a lo Ãºnico que ocurrÃ-a primera vista era la muerte.

Y, sin embargo, ahÃ- estaba, sentado en mitad de una de las calles mÃ¡s ruidosas y caÃ³ticas del mundo, siendo incapaz de apartar la mirada de una mujer a la que acababa de conocer.

De no ser por el repentino estruendo de una enorme pelea que habÃ-a estallado a las puertas del Ultra-Luxe, Boone habrÃ-a continuado feliz, perdido en su propio mundo para dos.

La mujer fue la que por fin rompiÃ³ el contacto. CarraspeÃ³ un par de veces y centrÃ³ su atenciÃ³n en el asfalto de la carretera. Su cara estaba sonrojada como si hubiera sido ella la que se habÃ-a pasado todo el dÃ-a sentada bajo el abrasador sol del desierto en lugar de Boone.

â€”En finâ€¦ ha sido divertido, soldado â€”dijo ella, poniÃ©ndose en pie y sacudiÃ©ndose el polvo de su faldaâ€”. Pero creo que ya va siendo hora de volver a casa e intentar dormir un poco antes de tener que volver maÃ±ana a la rutina.

Sin saber muy bien por quÃ©, Boone tambiÃ©n se puso de pie y se ajustÃ³ su uniforme lo mejor que pudo. Nunca habÃ-a prestado mucha atenciÃ³n a todas esas delicadezas sociales, modales y protocolos.

Teniendo en cuenta su forma de vida tosca y brutal, no eran unas habilidades que merecieran la pena cultivar. Pero por alguna razÃ³n sentÃ-a la necesidad de mostrar su mejor talante ante aquella mujer.

Con una educada sonrisa, que le resultÃ³ igual de rara en sus facciones que todas las que habÃ-a esbozado esa noche, estirÃ³ el brazo, ofreciÃ©ndola de vuelta el tarro:

â€”Gracias por el ungÃ¼ento.

La mujer negÃ³ con la cabeza y volviÃ³ a empujar el tarrito contra la palma de Boone.

â€”QuÃ©datelo â€”insisitiÃ³â€”. Lo vas a necesitar si pretendes pasarte mÃ¡s horas autoflagelÃ¡ndote bajo el sol.

Muy para humillaciÃ³n de Boone, sus mejillas y sus orejas se sonrojaron involuntariamente. La mujer, no obstante, debiÃ³ de encontrar su rubor enternecedor, pues la diminuta sonrisa con la que le respondiÃ³ era tan dulce como una Nuka Cola helada tras una larga marcha por el desierto.

Sin que esa sonrisa desapareciera de las bellas facciones femeninas, la mujer le dio un breve apretÃ³n en el antebrazo, a modo de despedida. La extraÃ±a sensaciÃ³n electrizante que aquel breve contacto habÃ-a provocado sobre su piel, se extendiÃ³ por todo el cuerpo de Boone del mismo modo que el fuego por un polvorÃ-n.

â€”Â¡Espera! â€”exclamÃ³ con premura, deteniendo a la mujer antes de que esta se alejaraâ€”. No me has dicho tu nombre.

Ella se dio la vuelta y por un par de interminables segundos le mirÃ³ de manera escrutadora, como si estuviera decidiendo si era buena idea darle su nombre a ese extraÃ±o soldado que acababa de conocer.

Boone sintiÃ³ como una pesada bola de tensiÃ³n se asentaba en la boca de estÃ³mago mientras esperaba, hecho un manojo de nervios, a que aquella mujer le respondiera. HabÃ-a algo en ella que le fascinaba. Apenas habÃ-an intercambiado un par de frases, pero, en su interior, algo le decÃ-a que aquella mujer no era igual que el resto. Era distinta a todo cuanto habÃ-a conocido antes. HabÃ-a algo en su forma de hablar, en su forma de ver el mundo, que le cautivaba: La manera en la que sus palabras brillaban con una ilusiÃ³n que no habÃ-a visto nunca; como incluso en la mÃ¡s mÃ-nima inflexiÃ³n era capaz de transmitir serenidad y esperanza.

No, aun no estaba preparado para dejar que una persona tan increÃ-ble como aquella saliera de su vida.

Cuando por fin la mujer le respondiÃ³, lo hizo con una sonrisa tan bella y sincera que le dejÃ³ totalmente desarmado.

â€”Carla.

Carla. Hasta su nombre transmitÃ-a esa esencia de calma y paz que la caracterizaba. Boone se quedÃ³ incluso mÃ¡s encandilado mientras se repetÃ-a su nombre una y otra vez, intentando grabar en su memoria la manera melodiosa en la que aquellas cinco letras habÃ-a surgido de

esos hermosos labios.

â€”B-Boone me llamo... eh, asÃ- me llaman: "Boone" â€”tartamudeÃ³â€”. En realidad no es mi nombre, solo es mi apellido... lo que quiero decir es... es...

Tuvo que cerrar los ojos por un instante y dar un profundo suspiro con el que calmar sus nervios antes de volver a hablar:

â€”Craig â€”dijo por finâ€”. Soy Craig.

ExtendiÃ³ su mano con torpeza hacia ella. Carla observÃ³ su mano sucia y llena de callosidades por un momento. Boone se arrepintiÃ³ inmediatamente. Menudo idiota debÃ-a de parecer, se dijo, reprendiÃ©ndose mentalmente. DebÃ-a de estar causando una impresiÃ³n patÃ©tica, asÃ- como estaba, tan nervioso y sonrojado, sudando igual que una puta en una iglesia. Su uniforme estaba sucio y hecho jirones en una de sus perneras, su cabello estaba despeinado, su cara cubierta por una espesa barba de dos semanas y su cuello y sus brazos achicharrados por el sol. MÃ¡s que un hombre hecho y derecho parecÃ-a un despojo humano que habÃ-a surgido, arrastrÃ¡ndose de una de las alcantarillas de la ciudad. No entendÃ-a que habÃ-a visto ella en un principio para convencerse de que acercarse a Boone y entablar conversaciÃ³n con Ã©l era una buena idea.

Pero Carla, al igual que habÃ-a estado haciendo a lo largo de su breve encuentro, le volviÃ³ a sorprender al ignorar su mano extendida y se acercarse hasta quedar un palmo de Ã©l. Se estirÃ³ sobre sus puntillas y con una delicadeza tal que Boone se sintiÃ³ volando en una nube, le dio un beso en la mejilla.

â€”Nos volveremos a ver, Craig â€”murmurÃ³ contra su oÃ-doâ€”. Estoy segura de ello.

Y asÃ-, sin mÃ¡s, se dio la vuelta de nuevo y caminÃ³ calle abajo, perdiÃ©ndose entre la muchedumbre que pululaba por el Strip.

Boone la observÃ³ alejarse por el aÃºn bullicioso Strip, con su figura resaltando como un Ã¡ngel bajo las luces de neÃ³n, hasta que finalmente la perdiÃ³ de vista.

Aun entumecido por aquel mÃ¡gico encuentro, volviÃ³ a colocarse su boina, cruzÃ³ la calle y recogiÃ³ sus chapas de identificaciÃ³n del suelo. La sonrisa bobalicona no abandonÃ³ su rostro mientras volvÃ-a a colocÃ¡rselas alrededor del cuello y caminaba de vuelta a la estaciÃ³n. Tomando asiento en uno de los bancos dejÃ³ que la cacofonÃ-a del Strip le relajara. Alzando la vista al cielo, una solitaria estrella brillaba, desafiando la contaminaciÃ³n lumÃ-nica de New Vegas. Boone sonriÃ³ mientras su mente volvÃ-a a perderse entre ojos azules como el ocÃ©ano y sonrisas tan brillantes que rivalizaban con quitarle su puesto al astro rey.

QuizÃ¡s Manny habÃ-a tenido una buena idea al obligarle a ir al Strip ese dÃ-a.

End
file.